



CRISTÓBAL COLÓN.

EPIFANÍA DE CRISTÓBAL COLÓN.

(FANTASÍA ESPÍRITA).

En las grandes mansiones del Empíreo
 Esplendorosa fiesta se prepara,
 En honor de los hombres eminentes
 Que en la Tierra tuvieron su morada.
 Los ángeles, de pié, reverberantes,
 Empuñando flamíferas espadas,
 Con ellas forman encendida bóveda
 Que cubre en su extensión inmensa valla.
 En lumbrosa rotonda, coruscante,
 Un altísimo trono se levanta,
 Y en los escaños que al redor se extienden,
 Las potencias del cielo están sentadas.
 En la alta cima del radiante trono
 El Supremo Hacedor posa su planta,
 Y al concurso feliz que lo rodea,
 Apacible dirige sus miradas,
 Y, en clara voz, de dulce melodía,
 Profiere con amor estas palabras:

«Hoy que en la Tierra los humanos corren
 «A la nación por Washington fundada, 1
 «Para ensalzar con justos regocijos,
 «De Cristóbal Colón la grande hazaña,
 «En el Empíreo el regocijo encuentre
 «De esas fiestas de paz, sanción sagrada,
 «Y á Colón ensalcemos cual merece,
 «Sentándolo á Mi Diestra Soberana.»

Dijo el Señor, y le ordenó á un arcángel
 Que hasta su trono al héroe le llevara;
 Y se escuchó un rumor que producían
 Los ángeles blandiendo sus espadas.

*
**

Dentro la valla, un arrogante anciano,
 Vestido con un traje de escarlata,

Se presenta asistido por el ángel,
 Y hacia el solio sus pasos adelanta,
 Y al llegar á las gradas superiores,
 Las celestes potencias se levantan,
 Y homenaje le rinden, reverentes,
 Batiendo con ardor sus grandes alas.
 Cuando llegó del trono hasta la altura,
 El anciano se postra, y con el alma
 Llena de admiración, á Dios adora.
 Dirigióle el Señor una mirada
 Con que inundó al anciano de alegría,
 Y en aquellos momentos recordaba
 La ovación de Isabel y de Fernando,
 Cuatro siglos atrás, allá en España;
 Porque al fin se encontraba frente á frente
 De Aquél en quien entonces esperaba. ²

«Levántate, Colón, ven á Mi Diestra,
 «Do gozarás de bienaventuranza,
 «Que mereciste por tu fe constante
 «Y los agravios de la raza humana.»

Dijo el Señor, y á numerosa pléyade
 De querubes que en torno revolaba,
 Ordenó que á los hombres eminentes
 Del mundo sublunar, que su morada
 Tuvieran en los Cielos ó en los astros,
 Condujeran del solio hasta las gradas,
 Para hacer de Colón la Epifanía
 Y de su honor también participaran.

* * *

En larga procesión, bajo la bóveda
 Que los ángeles forman con sus alas,
 Van llegando los hombres eminentes,
 Benefactores de la especie humana:
 Zoroastro el mago, autor del Zend-Avesta,
 Predicador de la moral más sana, ³
 Al lado va del ínclito Confucio, ⁴
 Que en la China enseñó la moral práctica,
 Inculcando á los hombres que á sus padres
 Con piedad y temor reverenciaran.
 En medio de los sabios de la Grecia ⁵
 El ateniense Sócrates va en marcha, ⁶
 El que redujo la moral á ciencia,
 Enseñó la virtud de la templanza,

Y, diciendo *Conócete á tí mismo*,
 Al mundo le dejó preciosa máxima.
 En pos camina de los Siete Sabios
 El director de la razón humana,
 Aristóteles, sabio estagirita,
 Que en Atenas la Lógica explicaba. ⁷
 El esclavo Epicteto va cojeando,
 Pero lleva la faz iluminada
 Con letreros de luz en que va escrito:
Resígnate y abstente en la jornada. ⁸
 Sigue otro esclavo, el fabulista Esopo,
 Que á los hombres virtud les enseñaba
 Y predicaba la moral más pura
 Haciendo que las bestias les hablaran. ⁹
 El estoico Zenón ¹⁰ va con Licurgo, ¹¹
 Legislador glorioso de la Esparta.
 Camina silencioso y mesurado
 El orador que en la curul romana,
 Ardiente, derramó gran elocuencia
 Por salvar de peligros á su patria,
 Y bajo el brazo lleva el gran volumen
 De *Los Deberes* y *Las Tusculanas.* ¹²
 Cuatro ancianos, de talar vestido,
 Con paso muy solemne van en marcha:
 Copérnico, que en los celestes orbes
 La gran revolución adivinara,
 Y que, poniendo al Sol cual centro inmóvil,
 A su redor á los planetas lanza; ¹³
 El ciego Galileo, que á los astros
 Dirigió penetrante su mirada,
 Y descubrió satélites á Júpiter
 Y á Venus fases, y con la balanza
 Los líquidos pesó y dió sus leyes,
 Y que el calor del aire calculara
 Con tubo misterioso en que el mercurio
 O espíritu de vino aprisionaba;
 Anciano venerable á quien la Iglesia
 Con el peso agobió de su venganza,
 Porque el prestigio de la Biblia rompe
 Negando que parara el Sol su marcha; ¹⁴
 Newton, que vió la misteriosa fuerza
 De la gravitación, en la manzana
 Desprendida del árbol, cuya sombra
 Su ardorosa cabeza refrescaba,
 Y que del Iris los colores toma

Y revela los tonos de su gama; 15
 El último, Keplero, que las leyes
 De la mecánica celeste hallara,
 Y que siguió á los astros en sus orbes
 Y midió su volumen y distancia; 16
 Luego va Torricelli, que la atmósfera
 Con el mercurio pesa y aquilata; 17
 Sigue Pascal, el sabio matemático,
 El ingenuo cristiano que clavara
 Agudo dardo en el malvado pecho
 Del Jesuíta procaz, con su palabra. 18
 Un anciano risueño y bondadoso
 Tras el sabio Pascal sigue en la marcha,
 Filósofo profundo, que á las gentes
 Enseñó á usar de la razón humana;
 Que —*si Dios no existiera*— siempre dijo—
Preciso fuera que el hombre lo inventara;
 Que trazó los caminos de la Historia;
 Que á los Jesuítas arrancó la máscara;
 Que propugnó valiente la Justicia;
 Que destrozó con su punzante sátira
 Las vanas religiones que en el mundo
 Llamaban los sacerdotes reveladas,
 Y que enseñó que á Dios debe adorársele,
 Erigiendo un altar en nuestras almas;
 Es el anciano peregrino y sabio,
 El sublime Voltaire, el gran patriarca. 19
 Forman compacto grupo cinco sabios,
 Que una vívida luz su rostro baña:
 Franklin, que *el rayo arrebató á los cielos,*
Y el cetro á los tiranos de su patria; 20
 Galvani, que aplicó la fuerza eléctrica
 A los músculos muertos de una rana,
 Y descubrió la poderosa influencia
 Del peregrino flúido en las substancias; 21
 Volta, que acumuló con grande ingenio
 De ese flúido sutil la fuerza rara,
 Y á la Química abrió nuevos senderos,
 Y la meta extendió de la Dinámica; 22
 Ampère, que sorprendió de Electro y Magnes
 Y al mundo reveló las dulces pláticas; 23
 Y Morse, iluminado por la chispa
 Mensajera veloz de la palabra; 24
 Sigue el gran Lavoisier, que de las linfas
 Los átomos sagaz analizara. 25

Jacquard 26 y Parmentier van de la mano, 27
 Cubierto el uno con la veste blanca
 De labor femenil, de sus telares,
 Y el otro ostenta la sencilla planta
 Que de América Drake transporta á Europa,
 Con que á Francia del hambre libertara.
 Sigue luego Jenner, el que á la muerte,
 De víctimas miriadas arrebató,
 Descubriendo, felice, la vacuna,
 Que en todo el orbe con amor propaga. 28
 Laplace camina con el rostro alegre
 Porque ha mirado ya con luz muy clara
 Que de Dios la existencia no es hipótesis,
 Pues que lo siente ya dentro del alma. 28 bis.
 Stephenson y Watt y Fulton corren 29
 En alas del vapor, que un poco de agua,
 Aprisionada en resistente tubo,
 Produce con ardor y se dilata.
 Va Vicente de Paul, el gran filántropo,
 Rodeado de niños, que su marcha
 Retardan sin cesar, porque las manos
 Le besan con amor, y algunos le hablan. 30
 En pos del justo y bondadoso anciano,
 Y como escolta de respeto, avanzan
 Muchas matronas que su cuerpo cubren
 Con saya azul y sendas tocas blancas:
 Esas mujeres de semblante humilde,
 Del Alma Caridad son las Hermanas.

*
**

La grande procesión toca á su término:
 Los que la forman tiéndense en dos alas,
 Y un ángel con clarín de voces de oro,
 De una reina proclama la llegada:
 Es la reina Isabel, la gran Católica,
 La que sus joyas y bienes *empeñara*
 Para armar las sencillas carabelas
 En que Colón aventuró su marcha,
 Y que al indio libró de ser esclavo
 Del ibero rapaz, con leyes sabias.
 Precedida de hueste numerosa
 De monjes, llega á la mansión sagrada,
 Y la siguen Las Casas y Marchena 31-32
 En sus manos llevando la gran cauda.

Cuando al trono llegó, con faz humilde
 En que amor y ventura se retratan,
 Ante el Señor postróse reverente,
 Y en seguida subió las altas gradas,
 Y, obediente al mandato de un querube,
 En el amplio escabel posó su planta.
 El ángel del clarín de voces de oro,
 Con sonoros acordes en que aclama
 El triunfo de Colón, al fin advierte
 Al glorioso concurso de las almas
 Que Dios, omnipotente y bondadoso,
 La fiesta anunciará con su palabra.
 Levántase el Señor, abre sus labios,
 Y con voz amorosa así les habla:

«Hoy que en la Tierra los humanos corren
 «A la nación por Washington fundada,
 «Para ensalzar con justos regocijos,
 «De Cristóbal Colón la grande hazaña,
 «En el Empíreo el regocijo encuentra
 «De esas fiestas de paz sanción sagrada,
 «Y á Colón ensalzamos cual merece,
 «Sentándolo á Mi Diestra soberana;
 «Hoy se abren á su espíritu las puertas
 «De la mansión de eterna bienandanza,
 «Que la merece por su fe constante
 «Y los agravios de la raza humana.
 «Id á los astros do moráis ahora,
 «Y proclamad entre las buenas almas
 «Que el gran Descubridor de un Nuevo Mundo
 «En el planeta que la Tierra llaman,
 «En Mi gloria se encuentra venturoso,
 «Do gozará de eterna bienandanza,
 «Después de cuatro siglos de tormentos
 «Por el crimen atroz que lo manchaba,
 «De vender á los indios como esclavos
 «En las tierras que yo le revelara;
 «Porque las almas de los mundos todos
 «Sólo llegan á Mí inmaculadas.»

Habló el Señor, y los celestes coros
 Himnos suaves cantaron de alabanza;
 El rostro de Colón iluminóse
 Con aureola de luz vívida y blanca,
 Y alejéronse luego los espíritus,
 Lanzándose al espacio con sus alas.

*
 **

En lóbrega región del ancho espacio
 Tres figuras divísanse agrupadas,
 De torva faz y de mirar sombrío,
 Y que en lugar de manos tienen garras
 Con que el pecho se rasgan y destrozan
 Por cruel envidia que su seno inflama:
 Una es la de Fernando, el rey aleve
 Que la fe de Colón siempre burlara,
 Faltando á sus solemnes compromisos
 Y desdeñando su sin par hazaña;
 Del obispo Fonseca es la segunda,
 Pastor taimado de la grey romana,
 Que al noble genovés se opuso siempre
 Con perfidia, con odio y con infamia;
 Del fiero Bobadilla es la postrera,
 El ignorante y miserable rábula
 Que ató las manos de Colón con hierros
 Y cual á un criminal mandólo á España.
 Del héroe la apoteosis contemplaron,
 Y á una señal del ángel que los guarda,
 Sus alas extendieron de murciélago
 Y á sus antros con ímpetu se lanzan.

LIC. CECILIO A. ROBELO.

Octubre 12 de 1892.